

Alejandro Rossi, *Edén. Vida Imaginada* (México: Fondo de Cultura Económica, 2006).

Quien escribe un libro se expone a que lo critiquen. Esto que a primera vista es una verdad elemental no siempre, sin embargo, se ve confirmado en las repúblicas bananeras, como podría verse a México (o ¿cómo referirnos en la actualidad, ahora que ya no hay “Segundo Mundo”, a los países del “Tercer Mundo”, esto es, a los países en los que, como en México, florece la prostitución infantil, se asesinan a decenas de mujeres al año y en el que constantemente se violan los derechos humanos de múltiples ciudadanos y de las más variadas formas?). En estas latitudes, hay que decirlo, los aplausos o el repudio de los textos publicados en gran medida dependen de quiénes sean los autores de las obras. Desafortunadamente, es una realidad imposible de ignorar el que en nuestro medio las “vacas sagradas” dejan automáticamente de someterse a pruebas de calidad: podemos estar seguros de que, una vez adquirido dicho *status*, prácticamente todo lo que les venga en gana redactar, sea lo que sea, será recibido con bombos y platillos y debidamente encomiado (y hasta premiado!). A manera de ilustración de esta triste verdad y con ánimo de disociarme de esta práctica y adoptar una perspectiva radicalmente diferente, me propongo acercarme críticamente a lo que es el último libro del laureado escritor multinacional Alejandro Rossi. Me refiero a su obra *Edén. Vida imaginada*. Debo advertir desde ahora que no pretendo hundirme en un examen detallado de la forma y contenido del libro, sino que aspiro más bien a tomarlo como plataforma para una breve reflexión más general sobre el papel que en la actualidad juegan, y el que deberían desempeñar, los hombres de letras en América Latina. Naturalmente, no deberá esperarse de nosotros que emulemos a los corifeos culturales usuales, a los profesionales del halago o a los representantes de la sumisión mental. Desde nuestro punto de vista, la publicación de un libro redactado desde posiciones encumbradas debería ser vista como una empresa que acarrea grandes responsabilidades pero también, y en todo caso, grandes riesgos.

El primer interrogante que se nos plantea después de leer el libro de Rossi es: ¿a qué género literario pertenece *Edén. Vida imaginada*? A primera vista es una novela, pero es igualmente obvio que se trata de un texto autobiográfico. Esta ambigüedad está presente desde el título: ‘Edén’ nos remite a un lugar concreto, a un hotel cuyas coordenadas espacio-temporales se pueden dar, así como son reales e identificables todos y cada uno de los personajes del libro; empero, ‘Vida Imaginada’ sugiere que la narración es más bien un producto de la fantasía del autor, una creación literaria en sentido estricto. ¿Qué creer y qué actitud adoptar *vis à vis* este producto? Teóricamente, no hay en principio nada en contra de textos híbridos como este, pero es difícil no sentir *ab initio* que de entrada el autor le está haciendo trampa al lector. ¿En qué podría consistir dicha trampa? Simplemente en que es sólo gracias a que se esconde detrás de personajes supuestamente imaginarios que el autor da rienda suelta a su libertad de expresión para hacer una serie de confesiones

(muchas de ellas asociadas con obsesiones) que de otro modo no habría osado hacer. De esta manera, él se cree protegido frente a la crítica: si alguien eleva alguna objeción al texto literario, al carácter poco realista de los diálogos, a la poca elaboración de los personajes, a la falta total de tensión dramática, el autor puede de inmediato aducir que en el fondo se trata de un ensayo en autobiografía y que él tiene que ser fiel a la historia; y a la inversa: si alguien cuestiona, por ejemplo, la vacuidad de los diálogos, la calidad moral de algunos de los personajes centrales del texto, las opiniones políticas y las perspectivas racistas implícitas en él y cosas por el estilo, la respuesta obvia será que los personajes son imaginarios, ficciones literarias, héroes de la fantasía. En lo que a mí concierne, no creo que esta estratagema lingüística pueda sostenerse durante mucho tiempo, pero antes de pronunciarme sobre ese y otros aspectos del libro será indispensable presentar, aunque sea de manera sucinta o a grandes rasgos, el núcleo de su “trama”.

El texto, que propiamente hablando arranca con el reencuentro que el autor tiene con una mujer conocida décadas antes, es un relato de aspectos (arbitrariamente elegidos, pues no responden a ninguna lógica visible) de la infancia y pubertad del personaje central y autor, esto es, Alejandro Rossi o Alex, alias el Negro, un niño italiano nacido en 1932 y que, por contingencias familiares, vive en Italia, en Caracas, en Buenos Aires y, finalmente, en Córdoba, que es donde se ubica el hotel llamado ‘Edén’. Lo que se nos ofrece es una reconstrucción, en ocasiones sumamente artificial (como a las claras sucede en la parte final de libro, en donde un adolescente participa en conversaciones pretendidamente serias sobre la derrota de Alemania en la Segunda Guerra Mundial, sobre *Sein und Zeit*, sobre la influencia de los jesuitas en la educación, etc.), de su años de infancia y pubertad. Los personajes importantes son los miembros de la familia de Alex: la madre, Cheché, hija de un cacique venezolano, casada con quien a todas luces es un vividor italiano, Remo, padre de Alex y de su hermano mayor, Félix. Todos ellos traen aparejada una lista de seres con los que, de uno u otro modo, Alex entra en contacto de manera más o menos superficial: tías, amigos de sus padres, cohabitantes de los hoteles en donde se hospedaban, hijos de amigos de los padres, etc. Pero aquí lo importante, y lo que tenemos derecho a preguntar, es: ¿qué nos dicen estos personajes? ¿Qué verdades nos transmiten? ¿Qué situaciones humanas especiales permiten construir? ¿Cómo podrían ellos mismos, suponiendo que les diéramos voz, justificar su presencia en un libro? ¿Por qué, aparte de su natural valor como miembros de nuestra especie, serían dignos de ser recordados? ¿Nada más por el mero hecho de aparecer en la vida de Alex? Para el sentido común por lo menos, se necesitaría algo más que mera recopilación y descripción de situaciones baladíes e insignificantes para poder justificar un libro.

La obra de Rossi es, estrictamente hablando, un capricho publicitario. En vano buscará el lector en el libro una reflexión profunda, un pensamiento edificante, una verdad dolorosa y vivida sobre ningún tema serio (a menos, claro está, de que el

que no se le compre a un niño un reloj de pulso que le llama la atención pase por tragedia). Con lo que sí nos encontramos, en cambio, es con una explosión de vanidades, con una erupción de prejuicios y, por sorprendente que parezca, con un deseo intenso por hacerlos públicos. Es evidente que al autor/niño le llamaron la atención ciertos detalles más bien pueriles de la vida cotidiana (cómo fuma alguien, cómo mueve los ojos para expresar asombro, cómo reacciona una mujer ante un acoso masculino, qué botas se compran los ricos para montar a caballo, etc.), detalles que se incrustaron en su mente pero que no fue sino hasta medio siglo después que, como una especie de vómito mental, el autor/héroe se decidió finalmente a expulsar de su memoria para darlos a conocer. Lo que al lector difícilmente podría quedarle claro, sin embargo, es: ¿con qué objeto? Las obsesiones y las preferencias del Negro son tan evidentes como banales. Por ejemplo, el autor nos narra su aventura de púber con su prepucio y su glande (p. 33), como si se tratara de una experiencia trascendental y como si en la actualidad dicho tema pudiera revestir algún interés; de igual modo, el Negro insiste una y otra vez no sólo en que es italiano sino en que es de *Firenze*, que el hermano era rubio y de ojos claros y él no, que los soldados fascistas eran impresionantes, y así indefinidamente. Dado que del recuento de experiencias no es factible deducir nada interesante concerniente a la naturaleza humana, a la vida social, a la historia, a la moralidad, es comprensible que la irritación del lector aumente a cada página. Los ejes de la narración son básicamente los siguientes: el poder económico del abuelo (Don Félix Guerrero), la vida errante y semi-bohemia de la familia (una vida evidentemente anormal), la ligereza y superficialidad del intermitente Remo, las tendencias maternas por la vida placentera y lúdica y la superioridad psicológica y moral del hermano. El texto está salpicado de principio a fin, si bien ello se intensifica a medida que se avanza, de expresiones y oraciones en italiano, como si el autor sintiera la necesidad, por no decir la urgencia, de restregarle al lector en la cara que él realmente nació en Florencia (casi nos sentimos impelidos a decir: “perdón, en *Firenze*”). De buena gana admito que por más que me esfuerzo no logro ver el mérito de semejante dato. Lo que en todo caso sí queda claro es que, independientemente de si el personaje “el Negro” es el autor o no, el retrato que se hace del héroe del escrito es pura y llanamente lamentable: un niño sin mayor personalidad, cuya única hazaña a lo largo del relato es haberse aprendido un poema (en italiano, desde luego) más o menos largo, un niño sometido a los vaivenes de la vida casi cortesana que llevan sus padres, un héroe de un libro en el que no afloran angustias religiosas, éxtasis estéticos, frases conmovedoras o ideales políticos (dejando de lado la admiración obvia del escritor por los militares italianos de la Segunda Guerra Mundial, a los que, dicho sea de paso, difícilmente se les podría considerar como paradigmas de soldados de élite). Respecto a su contenido, por consiguiente, el libro nos deja tan vacíos o tan pletóricos de ideas y de emociones como nos encontrábamos antes de leerlo. Pero ¿qué tal la prosa? Quizá hubiera ahí algo que rescatar! Veamos rápidamente qué se puede decir al respecto.

La gran virtud de la prosa del autor de *Edén. Vida Imaginada* es que de tan fluida que es el libro se deja leer rápidamente, de manera que la lectura termina pronto. El lector tiene que hacer auténticos malabarismos para lidiar con el galimatías temporal de la narración: hay cortes y regresos que sin duda alguna para el autor habrán resultado excitantes, pero que para el lector son un auténtico suplicio. Lo más irritante quizá sea la petulante mezclanza de español e italiano (se sueltan en diversos momentos frases y oraciones en otros idiomas, pero sólo – a Dios gracias – ocasionalmente). De ahí que, como muestra de soberbia originalidad literaria, el libro venga acompañado de una especie de diccionario propio de un manual de introducción al italiano con el que se nos hace el favor de traducir lo puesto en el texto. Aquí podemos apuntar a una confusión conceptual implícita en el libro y despejarla: cosmopolitismo no es lo mismo que poliglotismo y anecdotario geográfico, sino más bien capacidad de comprensión genuina y de disfrute de productos culturales no propios, empatía con mentalidades drásticamente diferentes. Nuestro autor ejemplifica lo primero, mas ciertamente no lo segundo. Por otra parte, las oraciones son claras pero si, por haberle hecho caso al redactor de la cuarta de forros (que no es improbable que sea una vez más “el Negro”), el lector imagina que se topará con un arco-iris de adjetivos únicos, acuñados especialmente para esta obra, adjetivos que singularizan de modo excepcional las cosas, las personas y las situaciones a las que se les aplica, lo más probable es que sufra una amarga decepción. Al menos hasta donde mis limitadas capacidades de apreciación llegan, no hay en el libro nada revelador tampoco en este sentido. Ahora bien, todo lo que hemos afirmado torna imperativo el responder a la siguiente pregunta: ¿cuál es el valor de este libro (y de libros como este) y por que habrían de publicarse libros así?

Una hipótesis obvia de por qué una empresa editorial de la importancia y el renombre del *Fondo de Cultura Económica*, cerrada a piedra y lodo a múltiples escritores independientes, se decidió a publicar el libro de Rossi es simplemente que el autor fue durante medio siglo uno de los principales asesores editoriales de la casa (otra sería que fue la única que aceptó publicarlo). Pero ¿cómo y por qué puede una empresa como el *Fondo* publicar algo así? Sobre esto que realmente es el tema importante quisiera decir unas cuantas palabras para lo cual, sin embargo, tenemos que dejar atrás la autobiografía novelada de Rossi.

América Latina es un continente de cuya situación global podemos razonablemente decir que es intermedia entre la africana y la de los países avanzados. Convulsionada durante décadas por conflictos armados, ahora lo es sobre todo económicamente, con todo lo que eso entraña. Aparte de las dificultades que los países latinoamericanos tienen que enfrentar en la arena mundial (la lucha por los mercados, los flujos y reflujos de capitales e inversiones, las presiones políticas de gobiernos e instituciones internacionales, las demandas inaplazables de sus naturales), dichos países tienen además que lidiar con toda una gama de handicaps y vicios internos que hacen el progreso más difícil aún: corrupción generalizada,

democracias hemipléjicas, asimetrías sociales y económicas ofensivas, y así sucesivamente. El resultado neto es que grupos humanos inmensos son mera carne de cañón para el “desarrollo” nacional y continental: niveles culturales bajísimos, desnutrición, criminalidad exacerbada y demás parecerían ser el precio a pagar para mantener a América Latina flotando en el océano de la existencia y la supervivencia. Ahora bien, es evidente que a pesar de toda su crueldad e injusticia y del sistemático despilfarro humano que tiene lugar, México y América Latina de todos modos generan a través de sus habitantes (como de seguro sucede en África), en sus respectivas condiciones y con sus distintas mentalidades, sus rezagos y sus debilidades, una infinidad de situaciones en las que florecen los sentimientos nobles, en las que se realizan acciones bellas y en las que se desarrollan sus mejores potencialidades. Es de eso que se debería nutrir y de donde debería emerger el texto literario. De seguro que la historia y vicisitudes de un niño abandonado que cruza la frontera mexicano-estadounidense ilegalmente para intentar reunirse con su madre a quien no ha visto en años es mucho más conmovedora y ofrece un material para la imaginación creativa mucho más enaltecedor y valioso que la narrativa gangosa de recuerdos que a nadie importan, sin conexión con situaciones conocidas y que podrían decirle algo al lector casual, datos estériles propios más bien de un invernadero literario. En el fondo, hay muchas cosas (por lo menos para nosotros, los mexicanos) profundamente ofensivas en el libro de Rossi y, a decir verdad y generalizando, en mucho de la producción literaria de nuestros países: la indiferencia por la existencia y vicisitudes de los humanos que nos rodean, el concomitante desperdicio de un material humano que simplemente no se sabe aprovechar, la marcada preferencia por la frivolidad, la trivialidad y el ensimismamiento y la convicción de que se puede hacer pasar un texto como *Edén. Vida imaginada* como algo valioso. En este sentido y tomando a Rossi como representativo de una edad literaria, es evidente que en México al menos se ha producido un peligroso retroceso. Definitivamente, no hay comparación entre “Remo” y el Conde Luigi, de *Casi el Paraíso*, a pesar de que comparten algunos rasgos. Sin pretender erigir o imponer dogmas de ninguna clase, se puede defender la idea de que salvo si las circunstancias sociales lo permiten y la pluma lo autoriza, es decir, si nos las habemos con un Proust o con un Joyce (y en este caso, podemos afirmarlo, estamos lejos de eso), la subjetivización de la literatura es una falsa salida para la creación literaria. Inclusive alguien tan hermético y tan elusivo como San Juan de la Cruz hizo un esfuerzo por comunicar algo, por darle algo a quien leyera sus poemas. En el libro que aquí nos ocupó no encontramos nada en este sentido. Se trata, por consiguiente, de un libro meramente exhibicionista. La verdad es que ni siquiera el mundo interno del personaje central del libro está debidamente trabajado, pulido. Para decirlo plásticamente: Rossi no es en la literatura lo que François Truffaut es en el cine, esto es, un explorador de la mente infantil. El egotismo y el narcisismo del autor, representativo desgraciadamente de una forma actual generalizada de entender la labor de redacción de un texto con miras a su publicación, lo llevó a producir una narración enteramente superficial, carente de las

tensiones propias de un libro de este género (hay paradigmas a los que se podría haber apelado) y destinado, en el mejor de los casos, para él y su grupo de poderosos amigos. En otras palabras, muy probablemente el libro no sea a final de cuentas más que un pretexto para una opípara cena y una sesión de halagos, pero nada más. Al autor se le olvidó que darle la espalda a la experiencia humana plasmada en las vidas de sus congéneres, o extraída de ellas, es decir, no directamente relacionada con nuestras respectivas vivencias (¿quiénes somos a final de cuentas?), tiene asegurado su castigo: producir un libro estéril, que no le deja nada a ningún lector cándido y que está destinado a pasar al olvido más rápidamente de lo que llevó escribirlo.